

Recuerdos históricos

DOS HÉROES

Era el 12 de julio de 1895; la insurrección cubana, apoyada indirectamente por los Estados Unidos, continuaba de un modo cada vez más próspero; varias facciones se habían ya formado y combatían a todo lo largo de la isla; la hermosa perla de las Antillas, como se la denominó, que tanto dinero había dado a la Madre Patria, se hallaba como un horno candente; nuestras tropas, bizarramente, combatían a las partidas, así como al clima, que a los peninsulares hacía grandes estragos con las enfermedades peculiares de aquel país y las privaciones les hacían resistir como sólo los soldados españoles lo saben hacer.

Dicho día se dió el combate de Peralejo, donde murió el General Santocildes; estaban acampados en Veguitas el General en Jefe, Excelentísimo Sr. D. Arsenio Martínez Campos, y el General Santocildes; dispuso el primero que éste saliese con su columna a Bayamo, para realizar una operación, y él, con la suya, se dirigió a Bueycito; pero como supiera por confidencias que a Martínez Campos le esperaba una fuerza superior en número, y emboscada en un sitio donde necesariamente había de perecer, torció su camino y le siguió apercibido.

Dase cuenta éste, y hace retroceder a un ayudante, para que le ordene el cumplimiento de lo dispuesto, mas Santocildes continúa impertérito.

¡Ah, cuánto no sufriría en aquellos momentos supremos para él, luchando consigo mismo entre el deber que le imponía la Ordenanza y los sentimientos que le ordenaba su conciencia, noble y honrada, de no abandonar a su Jefe en momentos tan críticos.

Las fuerzas insurrectas, numerosas, rodearon a las tropas del Gobierno—al mando del cabecilla Maceo—al llegar al lugar de Peralejo, en un círculo de fuego, y, por lo tanto, llovía éste por todas partes, sin tregua ni descanso. Santocildes, a la cabeza de su columna, y a caballo, avanzó rápido, atendiendo a todo con la serenidad propia de aquel carácter indomable; avanzaba siempre, rompiendo el cerco enemigo, el cual se rehacía de nuevo para romperse otra vez; el fuego se hizo nutridísimo, pareciendo un copioso aguacero de plomo candente; quisieron unirse las dos columnas, luchaban valientes contra valientes; porque los cubanos han demos-

trado siempre su enorme valor, injertado en sus venas de a sangre española que tienen cruzada, de los largos años de convivencia hispano-cubana y que aún ahora continúa, con las grandes masas de españoles emigrados en dicho país.

Continuaré mi disertación: Santocildes, en medio del fragor del combate, corría de un lado a otro dando disposiciones; una bala le atravesó el cuello; los soldados, que le vieron lleno de sangre, le decían:

—¡Que está usted herido, mi General! Retírese, que se desangra.

—Esto no es nada—decía, hasta que una bala le dió en la frente y le hizo caer en tierra muerto.

Al saber la muerte Martínez Campos, se dirigió a los suyos sable en mano, y poniéndose a la cabeza de la columna, hizo un supremo esfuerzo, rompe el cerco y llega a Bayamo.

Así murió, sacrificado por el amor a su Jefe, tan notable y valiente General.

.....

Mandaba la extrema retaguardia de aquella brava columna el Sargento Palaseca; éste había de sacrificarse, en beneficio de su tropa, y, efectivamente, así lo cumplió, dando pruebas en todo momento de energía y serenidad—cual las clases de segunda categoría siempre lo han hecho—, luchó hasta el fin; pero, impotente para resistir, el sargento Palaseca, con su pequeña fuerza, fué cercado y hecho prisionero.

Maceo, el jefe rebelde, le hizo proposiciones deshonrosas, que con gran entereza fueron rechazadas; admirado de su valor, ordenó que fuese puesto en libertad, quedándose en rehenes con los soldados.

Nuevamente, Palaseca negóse a ello, manifestando arrogante “que quería y debía seguir la suerte de sus soldados, pues eran hijos de una misma Patria”.

Frase espartana que, conmovido el cabecilla rebelde de tan heroica acción, valió para que fuesen todos puestos en libertad, conservando sus armas.

Tales son, a grandes rasgos, los hechos de los dos héroes de Peralejo: Santocildes y Palaseca, que llenan de gloria las páginas de la historia hispana y tienen reservada en ella un hueco para ser escrito con letras de oro, y que dan a demostrar la fuerza de la raza, y de aquella otra cubana que se expatrió de la madre común; pero hoy, pasado el tiempo de aquellas luchas, como hermanos en raza, no podemos menos también de admirar.

FRANCISCO BLANCO,
Sargento de Infantería.